

# DE LAS COSAS QUE PASAN



«De las cosas que pasan» Fernanda Rodríguez Briz  
Ganador Certamen Literario Vendimia 2017 | Cat.: Cuento  
Ilustraciones: Bianca Dente

Diseño: Estudio Saavedra&Barros  
«La tipografía utilizada en este libro es Alegreya  
creación de Juan Pablo del Peral»  
Ediciones Culturales de Mendoza, Secretaría de Cultura,  
Gobierno de Mendoza. ediciones@mendoza.gov.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Rodríguez Briz, Fernanda  
De las cosas que pasan | Fernanda Rodríguez Briz. - 1a ed.  
Mendoza. República Argentina.  
Ediciones Culturales de Mendoza, 2017.  
72 p. ; 15 x 21 cm.  
ISBN 978-987-4432-10-0 1.  
Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I.Título. CDD A863

  
Ediciones Culturales  
de Mendoza

**MENDOZA**  **Secretaría de**  
**GOBIERNO** **Cultura**

Gobernador  
Lic. ALFREDO CORNEJO  
Secretario de Cultura  
D. DIEGO GARECA  
Ediciones Culturales  
Prof. ALEJANDRO FRIAS

PRIMER PREMIO CERTAMEN LITERARIO VENDIMIA 2017  
| CUENTO |

# DE LAS COSAS QUE PASAN

FERNANDA RODRÍGUEZ BRIZ



*Cada uno de los hombres no es tan solo él mismo; es también el punto único, particularísimo, importante siempre y singular en el que se cruzan los fenómenos del mundo solo una vez de aquel modo y nunca más.*

HERMANN HESSE



---

# Í N D I C E

- Celebridad — 9
- La cabeza del Torito Rinaldi — 14
- Te recuerdo, Chiara — 20
- La novia de Sagredo — 24
- La fiesta — 28
- El juguete — 30
- La dignidad del fósforo medieval — 33
- Elegancia — 36
- La sombra de la higuera — 45
- Cierta libertad — 49
- La noche del Cordero — 53
- La Elisa — 61
- Cosas que desaparecen — 65
- El país más feliz del mundo — 68
- Obra del azar — 69
- Náufragos — 71



---

## CELEBRIDAD

Desde que Rosita recibió el telegrama, el pueblo entero se vio convulsionado. Al principio ella temió lo peor, por eso firmó la planilla con un garabato deformado por la angustia: algo le había pasado a su hijo, seguro (¡ay Dios, no!). Pero pronto el espanto se le convirtió en risa y de la nada, así como así, comenzó a aullar su felicidad. Ante la mirada curiosa de Don Sixto Pavón, el del Correo, y sin dejar de gritar, refregaba el papel contra su pecho como para que se le metiera hasta el fondo del corazón la buena noticia. Lo había logrado, sí, su hijo lo había logrado.

Cuando a los diecisiete años Juan Carlitos había decidido irse a triunfar a Buenos Aires, el pueblo de Chosque Malal lo apoyó, aunque, según Rosita, quizás envidiándolo secretamente. Estaba terminando el año '51.

Sin duda el chico tenía «algo», un algo que los otros no tenían, un algo que le permitiría triunfar, ser alguien. Se lo habían dicho toda la vida *«usté va a ser alguien, usté va a ser alguien»*. Cada maestra por la que pasó se lo dijo. Se lo dijo el diariero, el almacenero, las vecinas... Por eso, cuando la madre anunció que se iba a Buenos Aires, el pueblo prendió velas para que Dios se ocupara bien de él. Allí no tenía sentido quedarse, allí no se podía ser alguien. Ahora, meses más tarde, llegaba la confirmación: el telegrama del chico avisando que saldría por Radio Belgrano en el programa de las nueve de la noche, ese sábado 26.

El operativo se puso en marcha: nadie en el pueblo iba a perderse la actuación de «El Canario», como lo conocían en

las peñas de la zona. «*Vaya uno a saber si le habrán cambiado el nombre allá en Buenos Aires, ¿no?*», se preguntaban. «*¡Mire si sale anunciado como Juan Carlos Mazzone, nomás!*», se agrandaba la Roberta Gómez, que lo había tenido en primero inferior.

En la vidriera de Casa Guirao las enormes radios se apilan, pavoneando sus perillas de bronce, sus maderas brillantes, luciendo cada una su precio lleno de ceros. Un telón anuncia en letras azules «*Pronto estaremos recibiendo aparatos de gran modernidad, para presenciar el novedoso espectáculo de la Televisión*». Don Guirao se alegra de que el chico vaya a estar en la radio de Buenos Aires; ahí mismo toma un pincel y lo moja en pintura blanca. ¡Que la vidriera anuncie al pueblo que él tiene lo que se necesita!

«*¡Apoyemos al Canario sintonizando Radio Belgrano este sábado! Compre aquí su aparato al mejor precio. ¡Hay facilidades!*»

Rosita tiene radio, la compró el año pasado, poco antes de que Juan Carlitos viajara. Como ella es viuda, es una compañía necesaria. Sus favoritos son los radioteatros y, de todos ellos, la voz profunda, oscura, de Jorge Salcedo en «*Una inicial en la arena*» se le hace imprescindible cada tarde. También le gustaba mucho «*Stela*», pero ya terminó, qué lástima. La daban por *El Mundo* a las diez de la noche, ella la escuchaba desde la cama. Una pena que haya terminado.

Ese sábado su casa será el escenario donde todos los vecinos podrán compartir el éxito de su hijo. Ha invitado al pueblo entero, ha ido a hablar con todos, uno por uno. Nadie debe dejar de escuchar a Juan Carlitos, que todos sepan que se ha vuelto una celebridad. Dedicar la mañana a limpiar a fondo y a eso de la una de la tarde cocina escuchando ya Radio Belgrano. Está la audición de Aceite Ricoltore que auspicia a Héctor Mauré y su cuarteto. Las primeras vecinas van llegando

después de la siesta y juntas escuchan entre lágrimas «*Y resucitaremos la esperanza*» con Blanquita del Prado. Entre mate y mate, a las siete, llega «*Tres hombres y un amor*» con Diana Ingro. Y luego las noticias, las noticias que se le terminan mezclando en la cabeza de tan nerviosa que se va poniendo y de tan interrumpida que se ve por la llegada de más vecinas.

Las chicas Espíndola, Irene Funes, La Tolba, los Tablado, todos llegan con su correspondiente silla, su matecito y su paquete de bollitos. «*¡Ponga otra pava más, Oscarcito!*» grita alguien cada tanto. «*¡Es que hace tanto frío...! Pucha que vino fiero el invierno este*». El que no tiene donde sentarse se va a su casa a buscar una silla, y vuelve rapidito, rapidito para ocupar su lugar frente al receptor.

Ya son las ocho de la noche... ay, no pasan más los minutos. Ocho y diez, ocho y cuarto. Y empiezan a llegar los últimos vecinos. Se ve que los hombres quieren hacerse los duros porque llegan como desentendidos, como si justo hubieran pasado por ahí de casualidad, como si no les interesara gran cosa, como si no supieran bien si era este sábado o el siguiente.

Rosita está tan nerviosa que va por decimocuarta vez al baño para nada, para asegurarse que no se moverá de su asiento una vez que empiece el programa, nomás. Vuelve a tomar ubicación, a plancharse el delantal bordado con las manos húmedas de los nervios, adecentándose como si su hijo, desde allá, pudiera verla. Mira a la radio a válvulas a la cara, como si las perillas fueran ojos y la línea del dial una boca que pronto va a traerle la voz de su hijo desde la Capital. ¡Ay, si así está ella, cómo estará Juan Carlitos! Ya habrá conocido a los actores, seguro. ¡Cuándo le cuente cómo es la radio, cómo es Salcedo! ¿Qué estará haciendo, hijito, ahora mismo? ¿Ya habrá afinado la guitarra a esta hora? ¿Qué irá a cantar? Ojalá cante

la zambita esa del sulki viejo. O la de la huellita, o la que dice algo de las trenzas negras, esas también le salen lindas.

Apenas pasan de las ocho y media el nerviosismo hormiguea en cada una de las sillas. No cabe un alfiler en la salita. Abren una ventana para que el invierno refresque un poco el ambiente. Pero alguien pide que la vuelvan a cerrar... ¡este julio, che, tan frío y lluvioso! Las pavas recorren nerviosas las manos, que nada falte cuando empiece, que nada falte, que estén todas llenas.

Pero, pero ¿¡qué pasa!>? De pronto, inesperadamente, la transmisión se corta, dando paso a un silencio de muerte. Rosita pega un salto. ¡No! ¿¡Qué ocurre?! Pero.... ¡pero si funcionaba lo más bien!

—¡Don Guirao, venga, por favor, fíjese! ¡Rápido!

El hombre se acerca arrastrando la lentitud de su edad, lentitud que no tiene relación con la ansiedad del pueblo. El silencio que ha dejado la radio al callarse lo llena él, tropezando vergonzosamente contra una silla, que cae con estruendo.

—¡Háganle lugar, por favor. Vamos, hombre! —ordena Rosita.

Las miradas lo apuran, impacientes por escucharlo, como a un doctor que va a dar el diagnóstico. Él es la autoridad en la materia.

Cuando por fin llega hasta la radio la mira sin tocarla, la mira fijo, confundido por su comportamiento, como esperando que ella le diga qué le pasa, dónde le duele, por qué no abre la boca. Se rasca la cabeza, no sabe por qué dejó de escucharse, así como así, de pronto, mientras la lucecita aun sigue encendida. Mueve la perilla del volumen, mueve el enchufe, ¡si otra cosa para mover, no hay!

Con los ojos del pueblo clavados en sus manos, está por abrir la boca para decir eso, justamente, que no sabe qué pasa, cuando unos acordes lo sobresaltan. Es música fúnebre. Se parece a la trompeta con que se anuncia el minuto de silencio... ¿acaso es eso? Todos se miran sin comprender y se ponen de pie como si eso ayudara. ¡Música! ¿Dónde está el programa que estaban dando, el de Juan Carlitos? De pronto la voz del locutor que todos identifican ahora les parece lúgubre, pero sí, es él, es Jorge Furnot (¿es él, verdad?) Pero, ¿qué hace a esta hora, un sábado, y dónde está el programa que...? Con voz firme, en un tono que no le habían escuchado nunca antes, anuncia:

*«Cumple la Secretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, el penosísimo deber de informar que a las 20:25 ha pasado a la inmortalidad la señora Eva Perón, jefa espiritual de la Nación...»*

Rosita aprieta los ojos muy, muy fuerte. Y le rueda, lenta, una lágrima por la mejilla izquierda.

---

# LA CABEZA DEL TORITO RINALDI

Apenas llegamos al santuario de San Expedito, mi mujer me dejó en banda para ir a comprarse chucherías que dijeran «*Yo estuve en el santuario de San Expedito*». El lugar era horrible, no podía explicarme qué demonios hacía ahí alguien como yo. Un segundo más tarde di con la respuesta: estaba ahí porque cuando a mi mujer se le mete algo en la cabeza, lo que sea... La cabeza, justamente, la cabeza...

Me encontré de pronto solo entre una multitud, sin siquiera encontrar al Santo, como para ir a dar una miradita, a ver cómo era, pedirle por el Tomba... Hasta que vi una cola de gente que se perdía dentro de una casucha mal terminada, pintada a la cal y me puse ahí.

—¿Usted es el último de la fila?—me preguntó una señora, sin esperar mi respuesta.

—¿Usted es la última de la fila?—le preguntó otra, a su vez. Y la misma pregunta siguió paseándose de boca en boca durante un buen rato hasta que el final de la cola quedó lejos y ya no la escuché más.

Una media hora más tarde logré entrar a la capillita (eso decía el cartel). El lugar era tan oscuro en contraste con el sol sanjuanino, abrasador como pocos. Casi ciego, solo atinaba a mover los pies muy lentamente detrás de los talones de algún otro. Al fin pude ver la figura de yeso mal iluminada por las velas cuando el que estaba delante mío se fue después de besarle la rodilla.

La impresión fue de lo más extraña. Tanto, que volví a mirar la estampita que me acababan de dar para convencerme que se trataba del mismo Santo. No se parecían en absoluto. Ni en el peinado, ni en el color del pelo; la edad, la contextura física, todo era muy distinto. Más aún: la cabeza misma de la estatua no guardaba relación alguna de tamaño o escala con aquel cuerpo adolescente.

Miré varias veces uno y otro rostro, sin encontrar similitud alguna.

—Ah, bueee... al fin alguien se da cuenta —exclamó una voz.

Miré hacia todos lados. La voz volvió a insistir:

—Sí, a vos te hablo, al fin uno que se da cuenta de que esta cabeza no pega con este cuerpo.

¡El Santo me hablaba! Guardé la estampita en el bolsillo y me persigné. Él insistió:

—¿Qué Santo ni qué Santo? Sí, te leí la mente ¿y qué? Ya te explico... Mirame. Mirame más de cerca, vení, agarrá una vela. Vení y mirame bien. Dale, pero ¡qué te van a decir, no seas vergonzoso! —los peregrinos me evitaban y yo había tenido que correrme a un costado—. Ahora sí. ¿Ves hermano? Mirame, pero mirame bien, ¿eh? Nada que ver: el pelo, la cara, los ojos... yo no soy ese, yo no soy San Expedito.

No podía creerlo, ¡el Santo me hablaba!

—¡Y dale con lo del Santo!... A ver, sos futbolero, vos, seguro.

—¿Qué? —no entendía. Silbé tímidamente un sí.

—Bueno, entonces con más razón, si sos futbolero me tenés q reconocer. Mirame bien la cara, dale, no seas cagón, mirame, te digo.

Le hice caso. Lo miré, lo estudié, más bien. La gente me hacía sentir que obstaculizaba el paso y era verdad. La vela en mi mano les haría creer que estaría cumpliendo una promesa de

no moverme de ahí, qué sé yo. Desde cualquier ángulo, y aun en la oscuridad, se veía claramente que esa cabeza había sido un burdo añadido.

—¿Me reconociste, ahora? ¿Sabes quién soy? Ta bien que hace mucho que no juego porque me morí, ¿viste?, pero soy Rinaldi. ¿Cómo cuál Rinaldi? ¡Ri-nal-di, el Torito Rinaldi, en la primera de Desamparados jugué yo, papi! ¿No te acordás que me morí, lo del accidente?

Me acordaba muy poco del tal Rinaldi, bah, la verdad es que no, no me acordaba para nada, pero se lo hice creer. Mirá si me voy a acordar de las caras de los de Desamparados, ellos solos se pueden creer que uno los va a reconocer. Y encima hechos estatua.

—Es que yo... soy de Mendoza, ¿sabés? —los susurros de la gente pidiendo cosas acolchaban nuestra conversación.

—Del Tomba, sos.

¡Cómo acertó el hijuepú!, pensé en un primer momento. Luego recordé que tenía puesta la camiseta, como cada vez que viajo al exterior.

—La verdad acá todos vienen a hablarme, me piden cosas, qué querés que te diga. Ojalá pudiera cumplirles, pero nadie puede cumplirme a mí, no me escuchan, la verdad no sé cómo me escuchaste vos. Yo soy Rinaldi, te lo juro, por qué te iba a mentir. Cuchame, vos me tenés que liberar, vos sos el elegido. Yo me quiero rajar de acá desde hace rato, me quiero ir a mi propia estatua. Mi pueblo queda acá nomás, si de ahí viene la mezcolanza, cuando los de la Liga Sanjuanina de Fútbol me hicieron la estatua en la plaza. Ahí empezó toda esta pesadilla, porque el tipo que repartía las cabezas estaría medio en pedo, qué sé yo... Tenés que ir, hermano, haceme la gamba. Vas, sacas la cabeza del Santo, te llevás la mía y la pones allá. Hacelo por

esta gente, hacelo... son todos pobres, ellos creen en mí, bah, creen en el otro, y te imaginás que ni los debe escuchar desde allá. ¿Y mi vieja? ¡Pensá en mi vieja! Te la imaginas, seguramente va a rezarle a mi estatua todos los domingos, y ¿quién la está escuchando ahora? ¡La cabeza de San Expedito! ¿Sabés cuánto hace que no veo a la vieja?

Se había puesto triste, sí, pero lo que pedía era ridículo. ¿Que yo qué, que lo tenía que liberar? ¿Qué se creía este Santo?

—¡Santo no! ¿No entendiste nada? —gritó, leyéndome la mente de nuevo—. Yo soy el Torito Rinaldi, hermano, ya te dije. Me trajeron la cabeza acá por error y mi cuerpo quedó allá. El tipo que hacía las cabezas, el que las repartía, no sé, viejo no sé cómo habrá sido... Ay, me pongo mal, mirá como me pongo.

—Mamá, el Santo está llorando —anunció un niño desde los brazos de su madre.

—No, no puede ser, hijo. Se debe estar derritiendo por las velas —le respondió ella, didáctica.

—¡Que va a llorar este delincuente, si es como la cuarta vez que venimos a pedirle algo y no cumple! —terció el padre—. Este Santo al final te hace venir al pedo hasta acá.

—Mirá, ¡mirá la fe que me tienen! ¿Ves? —volvió a quejarse la cabeza.

—Pero ¿y qué fe te van a tener si sos un jugador de fútbol?

—Ah, bueno, era hora, al fin lo entendiste. Si eso les contesto yo, pero no me escucha nadie. ¿Ves por qué me tenés que ayudar?

Salí poco menos que escapando de la capillita, eso era una pesadilla. Desde lejos seguía escuchando las puteadas del pobre Torito. ¿De verdad debía ayudarlo? Con la suerte que tengo iba a caer en cana si me metía en algo así. Me imaginaba

llevando una cabeza para un lado, la otra para el otro, dando explicaciones a los milicos...

Manejé calladito la boca, total hablaba mi mujer. Hasta Godoy Cruz habló. No, con nadie, sola habla, ella. Se pregunta y se contesta sola... no le hace falta nadie más.

Esa noche, esa noche, ay, me quedé mal y no pude pegar un ojo, pobre Torito, allá, solo. Me levanté a la cocina, y mientras estaba tomando algo entró mi pibe, el mayor, que venía de bailar. Le di un par de cafés, y lo metí en la camioneta, ya iba a haber tiempo de explicarle por el camino. Antes cargamos todo lo necesario: la escalerita, unos bolsos vacíos... si hasta llevé unos cartones y durante el viaje le hice escribir: «*Oraciones suspendidas por el momento. Obispado de San Juan, Departamento de Mantenimiento de Santos*» y no sé qué otros engendros más (algo de la AFA, puso en otro cartón). Escribió todo con una letra espantosa, como si estuviera en segundo grado. La verdad no sé si me creía lo que le fui contando, no sé siquiera si me escuchaba, estaba hecho un zombie. Le dije que le iba a tirar unos mangos si me ayudaba, eso sí lo escuchó, porque bien que me reclamó después.

Llegamos al pueblo natal del Torito Rinaldi, a unos 40 o 50 kilómetros del santuario. Era verdad que ahí le habían levantado una estatua con la camiseta, los pantaloncitos, los botines, una preciosura. Sí, esa que estaba ahí era la cabeza de la estampita, nomás. Cuando vi a mi hijo que meaba contra el pilar de la estatua lo quise matar, ya no hay respeto, pero bueno... tampoco habrá sido el primero en mearlo al Torito.

No voy a decir que no nos costó sacar la cabeza. Porque si bien mi hijo es más alto y más fuerte que yo, no se le pasaba el pedo y apenas se sostenía arriba de la escalera. Creo que por eso obedecía, porque no medía las consecuencias.

Toda la operación nos llevó unas buenas tres horitas, poco más. Tampoco fue tan difícil, es verdad, si a esa hora no había un alma. Pero valió la pena, porque apenas estuvieron juntas las dos cabezas lloraron de emoción, se saludaron y la del Santo dijo:

—Ahora sí, a cumplir con mi misión. Me tenían hartos con eso del fútbol.

El Torito, mientras tanto, gemía una seguidilla interminable de «gracias, gracias, gracias» hasta que largó el moco tendido:

—Al fin, al fin voy a ver a la vieja.

Mi hijo se quedó dormido en la camioneta en el viaje de vuelta y así siguió todo el domingo y gran parte del lunes. Cuando se despertó no paraba de gritar:

—No tomo merca nunca más, te juro viejo, nunca más. No sé si sería colombiana, o si se llevaba mal con el alcohol, no sé qué pasó, pero uff... re loco lo que flasheé. Nahh, un divague, algo de una cabeza... —y después de una pausita, se acordó—: Ah, viejo, ¿me debías plata de algo, vos, no?

Por mi parte, no sé bien cuál, pero alguna de las dos cabezas me cumplió el sueño que llevaba dentro de mi corazón aunque nunca se los llegara a pedir: el ascenso de Godoy Cruz, nada menos. Fue inmediato (¡pero inmediato, inmediato, eh?!) y ya ven qué campañas se viene mandando el Tomba.

En fin, es cosa de creer o reventar. Y ya que aquellos dos pueden leer la mente, les digo «gracias, muchachos, gracias» todos los días, y de vez en cuando los visito. Voy solo, para charlarles un rato.

Por zafar de la bruja, nomás.

---

## TE RECUERDO, CHIARA

Me habían dicho que ni lo intentara. Y aunque parecían tener razón, nunca deseché ni por un pelito la idea de besar a Chiara. Eso sería algo grande, qué digo grande, ¡enorme!, muy distinto a lo que se había propuesto el resto de mis compañeros. Ellos, más modestos, sabían que Chiara no era para cualquiera. Y así comenzaron a tirar nombres de las otras, una especie de segunda selección que inevitablemente llevaba las de perder ante aquella bomba escolar. Chiara... Chiara... ¡esa sí que era una piba para el primer beso! Chiara era de fuego, tan diferente a las otras del grado, tan de azúcar, todavía.

—¡No vas a comparar a Irene con Chiara! ¡Irene todavía no desarrolló! —me indigné apenas escuché aquel otro nombre.

—Yo se lo voy a dar a Silvana. Hace rato que quiero.

—Nadie piense en Mariana, ¿eh? Ya la elegí yo.

La fecha del asalto, cada vez más cercana, nos metía presión. Los cuchicheos de las chicas en los recreos, sus codazos cómplices, sus risitas nerviosas nos hacían sentir que esa noche estarían dispuestas. Quizás no a tanto como a dejarse meter la lengua, pero por lo menos a apoyarles nuestros labios cerrados aunque fuera un segundito. No aspirábamos a más. Dicho así no parecía mucho que digamos, sin embargo nosotros sabíamos que sería algo de lo que hablaríamos por mucho tiempo, nuestra primera victoria en el terreno adulto, el misterioso mundo de las mujeres.

Mientras tirábamos nombres como cartas de truco, aprobando algunos con un «quiero», y frunciendo la cara ante

otros, Patricio se abrió paso entre los demás, y buscando imitar la voz de un hombre, me miró y me dijo:

—Ni se te ocurra, enano. ¿Me escuchaste? Ni se te ocurra. —Y mientras se iba se dibujó una línea horizontal con la uña del índice en la base del cuello—. Por tu bien te lo digo.

Era obvio que él quería el beso de Chiara para él. ¡Qué novedad! No había uno solo de los varones que no lo quisiera. Solo que ninguno se animaba. Y yo sí me iba a animar.

—Yo mi primer beso se lo voy a dar a Chiara. ¡Punto! Y después de dárselo, si este me viene a buscar, qué me importa —anuncié, levantando los hombros—. Quiero que Chiara siempre se acuerde de que su primer beso se lo di yo. «*Mi primer beso me lo dio el Abel González*», va a decir. Toda la vida se va a acordar de mí.

Llegó el día del asalto. Las chicas, sin guardapolvo, eran otra cosa. Cuerpo de varón algunas, yeguas otras... Pero tanto unas como otras, preparadas para gustar. Sabían que sería importante que las miráramos, que las eligiéramos. Todos, ellas y nosotros, sabíamos que hoy dejábamos atrás la infancia. Que el lunes, cuando volviéramos a la escuela, seríamos distintos.

Me di cuenta de que estaban por poner los lentos porque Guillermo, el hermano mayor del Oscarcito, sacó del mueble dos discos y yo alcancé a leer no sé cómo en la cubierta la palabra mágica, «*Romance*». Me paré cerca de Chiara para que nadie me la robara. Ahí le sentí un perfumito hermoso, *Mujercitas*, creo. La música empezó a sonar y todos gritaron como diciendo «¡al fiiiin!» y soltamos risas, muchas risas nerviosas. La tomé de la muñeca y ella me puso las manos sobre los hombros, sin mirarme.

Tardé, la verdad es que tardé, porque no sabía cómo reproducir todo lo que había estado viendo en mi cabeza durante ese mes. Comencé balanceándome con ella durante unos minutos que resultaron eternos hasta que al fin le dije «*Sos hermosa*», esperando que se ruborizara. Pero no fue eso lo que sucedió, más bien diría que en lugar de eso Chiara me atrapó con la boca abierta y me comió, literalmente me comió la lengua de raíz hasta dejarme sin aire. Aparté la cara de su boca, que seguía pidiendo más y más, di un paso atrás y me limpié con el dorso de la mano. Me avergüenza reconocer que eso fue lo que hice, pero reaccioné a tiempo y en una fracción de segundo volví a aponerle las manos en la cintura para meter la frase matadora que venía ensayando día y noche, aunque ya no sonara tan bien:

—Me encantó haberte dado el primer beso.

—No fue mi primer beso —dijo Chiara. Y comenzó a detallarme su currículum con esa forma de hablar tan típica de las maestras—. Mi primer beso fue con Celeste. Y fue de lengua. Y el segundo no me acuerdo bien, pero creo que fue con Marcela, la de sexto. No, con Laurita, la que va a séptimo. Luego, ahí sí, me metí con Marcela. La verdad es que con la que voy más en serio es con Laurita. Nos tocamos y todo... Con Roxana mi vecina de al lado... ah... y...

Dejé a Chiara hablando sola, sintiéndome la nada más miserable de todas las nadas. O eso creí, porque ella había decidido seguirme para contarme más. Iba atrás mío tirando nombre tras nombre como habíamos hecho tantas veces los varones, nombres como cartas de truco, chica tras chica... ¡Eran docenas! Del colegio, del barrio... Yo le había adivinado algo de experiencia, sí, pero nunca hubiera creído que tanta.

Y mujeres, ¿por qué besaba mujeres? ¡Eso no lo había escuchado nunca!

Mientras atravesaba el patio para llegar a la cocina, un puño se cruzó con mi ojo, para darme una lección de la que me iba a acordar toda la vida: entre hombres hay que tener códigos. Y si un amigo te dice «ahí no se come», ahí no se come.

Me levanté del suelo, sujetándome el ojo para que no se me saliera de la órbita. No solo había malgastado mi primer beso con Chiara, que nunca se iba a acordar de mí, sino que además me habían bajado delante de todos los demás. Sin embargo, para mi sorpresa, no escuché ni una sola carcajada. Enseguida supe por qué nadie vio aquella humillación: todos mis amigos estaban chapando de lo lindo mientras sonaba Banana Pueyrredón. Creo que Luis hasta metía mano con la Marisa.

Yo me quedé un buen rato en la cocina mirando a mis amigos a través de una cortinita azul de hule. Estaba cada uno en la suya. ¡Chiara chapando con Patricio, encima! Él fue más vivo que yo, ¡no le preguntó nada! Y yo ahí, solo, la vista clavada en las maniobras de los demás. Yo, patético, sosteniendo mi vasito de jugo y calmando a mi ojo con hielo envuelto en un repasador con olor a tuco.

Mientras, la abuela del Oscarcito me daba charla. Me contó cosas interesantes sobre la guerra, la señora...

---

## LA NOVIA DE SAGREDO

Sin dudas no había otro muchacho más hermoso que él en toda Sagredo. Su madre, la costurera del pueblo, siempre lo repetía. Y todo aquel que lo conociera podía dar fe de que la mujer no exageraba ni un poquito, que era simplemente un hecho, no una ñañería de madre.

La perfección de aquel joven era notoria. No solo se limitaba al rostro, todo en él (su cuerpo, espigado; su cuello, el de un cisne; sus brazos y piernas, cincelados por magistral artista) todo dispuesto en la medida y proporciones justas, sin que nada, ni un solo vello (ni uno solo) osara entrometerse con aquella hermosura.

Una tarde la costurera apareció en el cuarto del hijo. No solía abandonar su taller, por eso el muchacho dejó su libro a un lado y se puso de pie, sabiendo que algo importante ocurría.

—No vas a creer quién acaba de irse, Julián —anunció ella, pálida, exprimiendo el crucifijo que descansaba sobre su pecho viudo.

El joven no contestó pero sí que lo sabía. Más tarde o más temprano, iba a suceder.

—Susana... —balbuceó la madre— Susana... va a casarse.

Susana, aquella chica de rasgos simiescos, esa muchacha con el rostro de espanto de quien, inexplicablemente, el chico había estado tan enamorado; la misma que (más inexplicablemente aún) lo había abandonado una semana antes de la boda. Esa misma Susana... ahora, dos años más tarde ¡se casaba! Y había venido al taller de costura, el único en el pueblo, a encargarse su vestido.

—¿Sabes lo que eso significa, verdad? ¿Podrás?

Julián hizo un silencio que duró más de lo que duran los silencios normales.

—¿Podrás, Julián?

Él asintió secamente.

—Podré, madre. Podré. Tú avísame.

La costurera se puso manos a la obra, no sin angustia. Aquella cretina había dejado a su hijo hecho una hilacha casi frente al altar. Y él (¡pobrecito, pura bondad!) prestaría ahora su ayuda para la confección del vestido.

A las dos semanas, la prenda estaba casi lista y la fecha de la prueba se acercaba. La hora de enhebrar las mangas había llegado; Julián sabía que esa era «su» hora. Después de todo, él vivía gracias al trabajo de su madre, y aquella era la única colaboración que le pedía: la pobre mujer, no contando con maniquí, necesitaba de ese cuerpo suyo para que el «montado final» de las prendas, de cualquier prenda, quedara perfecto.

—Acércate, querido —le ordenó, no sin culpa.

El joven se quitó el chaleco y la camisa. Hasta su madre, que tan bien lo conocía, se maravilló una vez más ante la estructura magnífica con que la Naturaleza lo había dotado. La costurera instaló cuidadosamente el vestido blanco sobre aquel cuerpo aún más blanco. Al verlo se sobresaltó: el chico lucía como una novia perfecta. Aquel pensamiento la hizo sentir impura, tanto que comenzó a susurrar un Ave María como acto de contrición.

Tras hilvanar las mangas, que para eso había prestado su cuerpo el muchacho, un destello fugaz, una idea salvaje le atravesó la frente. Masticó en voz baja (lenta, muy lentamente) el dulce fruto de esa revelación:

—Los haré venir a ambos, quiero que Susana traiga a ese novio suyo.

El chico apenas si la escuchó, concentrado como estaba en sacarse el vestido sin malograr ninguno de los hilvanes.

A la semana, los novios llamaban a la puerta: la chica del rostro espantoso y él, tan tosco y mal trazado como ella. La costurera les pidió que la siguieran y, tras subir la escalera que no dejó de crujir ni un solo peldaño, les franqueó la puerta del taller. De espaldas, bajo el teatral efecto de la luz blanquísima, perfecto maniquí viviente, Julián esperaba.

Los novios quedaron petrificados. El joven, desde su nube de encaje, se dio vuelta hacia ellos, teatralmente. Primero el torso, quebrando la cintura; luego, larguísimas, las piernas.

El novio feo (quien no conocía al muchacho ni siquiera de vista) se cubrió la boca con las dos manos y luego las llevó a su pecho como si quisiera evitar ahogarse. Nunca había visto un espectáculo tan sublime. Aquel flequillo rubio rematado en corona de flores blancas, el finísimo tul acariciándole los hombros, el exacto maquillaje, la delicada cintura, aquellas caderas deliciosas, esos labios rojísimos.

Julián se pavoneó un buen rato por todo el taller con felinos ademanes y decididas pestañas renegridas mientras su madre describía el trabajo: la tela, los encajes... Unos minutos más tarde, satisfecho ya de aquella exhibición sensual, se ocultó tras el biombo, abandonó el vestido y, sin decir palabra, desapareció en silencio. Susana, entonces, fue invitada por la modista a probarse ella misma aquel prodigio. Cuando finalmente desfiló, imitando los mismos gestos teatrales de Julián, solo pudo observar el rostro amargo de su novio, que, tras unos segundos, resopló:

—¡Ya, quítatelo, mujer!

Muchos años más tarde, los parroquianos de «La taba» siguen contando en largas noches de alcohol aquello de la boda que no llegó a celebrarse. Las mujeres del pueblo insisten en que Susana pagó un alto precio por su torpeza: un vestido de novia jamás debe ser visto por el novio sino hasta el mismísimo altar.

Efectivamente, y sin que nadie hubiera podido sospecharlo, aquel tosco ejemplar dejó plantada a la chica fea con vestido y todo, el mismísimo día de la boda. Lo encontraron horas más tarde gritando su amor imposible, maldiciendo su desgracia. Se había enamorado locamente (literalmente hasta la locura, y no mentía) de aquella otra mujer, la modelo del rostro perfecto. Aquella de la que nadie nunca supo darle señas.

---

## LA FIESTA

—Hola, belleza, ¿entramos? —susurró casi en su oído un joven rubio de cabello hasta los hombros.

Ella lo esquivó (le llamaron la atención sus zapatos azules al bajar la vista, eso sí) y siguió su marcha.

—Mmm bombón, nos vemos —babeó un hombre de pelo blanco y frac negro—. Te busco adentro.

Toda vez que algún cortinado lo permitiera, podía espiarse desde la vereda el interior del salón. Se escuchaba música y, aunque todavía no bailaban (del momento del baile ella se daba cuenta por los gritos), llegó a ver a algunas mujeres meneándose con una copa en la mano. Pero no debía detenerse a espiar, se le había hecho tardísimo.

—Permiso —suplicó.

—Muñeca, vení conmigo —le dijo un gordo al que solo le vio la sombra.

Siempre sentía que la alfombra roja le quemaba los pies. Por eso la pisó despacito, o eso creyó. Dejó atrás la nube de fotografías que se apretujaban en los laterales de las puertas doradas, más doradas ahora bajo los reflectores, y avanzó con dificultad hasta su entrada, semioculta, angosta, despintada.

—¡Diosa! —le gritó alguien desde atrás y fue lo último que escuchó antes de cerrarla.

Traspasó la puerta y caminó por el larguísimo corredor. Pasó el primer matafuego. Recién junto al segundo fueron llegándole más nítidas las voces, la mezcla de olores y, finalmente, el vapor (si había algo en lo que siempre pensaba era en el vapor).

Entró. El Chef gritaba. Sus compañeros ya estaban inclinados ante las bachas, lavando platos. Le pareció que los cuatro tenían el cuello exactamente en la misma posición, que los cuatro hacían los mismos movimientos con el brazo derecho, todos al mismo tiempo, cuatro máquinas de lavar. O una sola con cuatro brazos.

Se sacó el tapado y lo encerró en su locker, pidió disculpas por la demora e inclinó el cuello justo cuando alguien gritaba que al fin había llegado *la chica cinco*.

---

## EL JUGUETE

Empezaba a llover cuando el Brian me mostró el muñeco de masa que había traído esa tarde del Jardín.

—Me lo hizo la seño —dijo mi hermanito, y yo me reí.

«Lo habrán hecho entre los dos, a ella sola le hubiera quedado mucho mejor», pensé, pero no, no se lo dije. Me reí porque era una cosa deforme con cabezota gigante. Igual le dije algo como «qué linda que te salió la carita, qué lindos los colores». Lo había pintado con témpera.

—Me ayudó un poquito la seño, pero un poquito nada más —dijo él, cuando vio que a mí me gustaba.

—Muy bueno, enano.

Se rascó la cabeza con las dos manos y se puso a mirar tele.

—¡Maaaaaa! —gritó al rato—. ¡La Yenny ta llorando!

Mamá no estaba. Y además yo ya me había dado cuenta de que la Yenny estaba llorando, no hacía falta que me avisara, si la casa es así de chiquita, si yo estaba ahí al lado. Pero él cuando mira la tele no se da cuenta de nada. La levanté del suelo, estaba toda mojada.

—Te estás mojando vos también, papito —le dije.

—Uh, sí. No me había dado cuenta.

No, si el Brian nunca se da cuenta de nada si está viendo tele. Se pone como bobo, con la boca abierta.

Levantó las patitas para que no le tocaran el agua que ya había empezado a entrar hacía rato, por el techo y por debajo de la chapa de la puerta. Y seguía subiendo.

—Ayúdame, dale, subí las cosas.

Él ya sabía lo que tenía que hacer. Se paró en el agua y corrió las sillas y las puso donde no pegaba la gotera. Después corrimos la mesa y subimos lo que estaba en el suelo: las zapatillitas, la frazada y el bebote sin la piernita.

La lluvia golpeaba fuerte en la chapa del techo, cada vez más fuerte. Yo dije «uh, se largó con todo» y él dijo «uh, sí, no me había dado cuenta».

Siguió viendo la tele como si nada. Yo tenía a la Yenny a upa y no sabía dónde ponerla un segundito para desenchufar la heladera.

—Tenemelá, dale.

La sostuvo sin dejar de mirar la tele, pero ella no paraba de moverse queriendo agarrar al bebote sin la piernita y me dio miedo que se tirara de sus brazos. Desenchufé y volví a alzarla pero me di cuenta de que el agua estaba pasando los ladrillos sobre los que está apoyada la heladera. Dejé a mi hermanita en la mesada y empecé a probar si iba a poder agregar más ladrillos abajo yo sola. No, no iba a poder, se movía mucho la Yenny en la mesada, no podía dejarla ahí, y la heladera era muy pesada para moverla. De pronto me acordé de que el Brian seguía viendo la tele como si nada y que me había olvidado de desenchufarla.

—La tengo que apagar.

—¡Uh, no! —gritó.

—¿No entendés que hay que apagarla, que mamá dice que nos podemos *electrotucar*? Él dijo «ta bien sí, bue, dale», así como se pone él, enojado, y de la bronca me tiró con el nene de masa. El muñeco me pegó en el brazo mientras yo desenchufaba la tele y rebotó cayendo al agua. Yo ni lo vi. Fue como si él en ese momento ni hubiera pensado con qué me tiraba, como estaba viendo tele ni se

acordaría qué era lo que tenía en la mano. Pero cuando se dio cuenta se puso a gritar pidiéndome que se lo sacara del agua, que se lo había hecho la seño, que por favor, que era su juguete favorito y no sé qué más.

Pero yo tenía la nena a upa y no sabía ni dónde había caído y aunque lo hubiera visto no podía dárselo. Él se paró en la silla y lo vio flotando. A los gritos me señaló el lugar:

—¡Ahí está, ahí está, sacalo, sacalo!

Se ve que pasó un auto, afuera, porque una ola se metió justo cuando estaba por agarrarlo, y al muñeco fue a parar debajo de la cama. Ahora ya no lo veíamos, ni él ni yo y, la verdad, no tenía tiempo de buscarlo porque en ese momento me di cuenta de que el agua ya había llegado a los colchones. Los paré contra la pared y ahí lo vi al muñeco, flotando.

Cuando pude rescatarlo ya se había vuelto blando. Se lo di igual, pero lloró más fuerte porque era una baba que se le desarmaba entre las manos, ya no era su muñeco. Saltaba de bronca sobre la silla y gritaba «*noo... noo*».

La Yenny nos miraba: él, a los gritos, con las manos llenas de masa, y yo subiendo los colchones a la mesa, tratando de que no se mojara más la ropa, y todo con una sola mano.

Él, llorando a los gritos, y el agua que hacía olas y se seguía metiendo, y mi brazo con la Yenny tironeando para bajarse (o porque se había quedado con hambre, yo qué sé qué le pasaba, yo no soy como mamá que se da cuenta; esas cosas no las sé y ella recién vuelve a la noche). Y el Brian que seguía y seguía llorando porque ni los pedazos del muñeco quedaban, «el muñeco de la seño, el muñeco de la seño».

No, no quedó nada del muñeco de la seño, se lo llevó el agua pedacito a pedacito. Yo no sé para qué le dieron eso, al final, si esas cosas no son para nosotros.

---

## LA DIGNIDAD DEL FÓSFORO MEDIEVAL

Esta mañana al prepararme el desayuno, un asunto de lo más trivial hizo que recordara súbitamente a mi madre. Mi madre regañando a mi padre cada vez que él raspaba el fósforo en la dirección equivocada. La pobre repitiendo aquello de que el fósforo debe rasparse siempre hacia afuera, nunca hacia adentro. De hacerlo mal, cosas terribles podrían suceder.

—No eduques así al niño, cuando él crezca podría hacerlo mal. Escucha, Ricardito, cuando crezcas enciende bien el fósforo, porque si lo haces mal pueden saltar pequeños diablitos que hacen cosas muy malas.

Esta mañana yo, como mi padre, hubiera merecido aquel reto, pues hice exactamente aquello que no debía. Y, tal como mi madre había repetido hasta el cansancio, la cosa terrible ocurrió: una chispa saltó de aquella fricción mal orientada. Yo la vi saltar pero no seguí su trayectoria o tal vez pensé que se habría ido apagando en el camino. No me di cuenta de que el minúsculo diablito había venido a instalarse en mi corbata, nada menos; para el momento en que lo vi ya habían pasado preciosos nanosegundos en los cuales actuó a sus anchas, comiéndose un buen círculo de tela plateada.

Intenté, no sé con qué lógica, solucionarlo frotándole un repasador no del todo impoluto, con lo cual solo logré que se afeara más. Ahora era un espantoso manchón grasiento con un hueco en el centro, una especie de Saturno de aceite

y carbón. Me odié, mi madre tenía toda la razón del mundo, qué duro era reconocerlo después de tantos años.

«¿¡Cómo nunca te has comprado un chispero automático, en lugar de usar fósforos!?!», me regañó desde el más allá. «¡Con un chispero estas cosas no ocurren, el chispero es la modernidad; los fósforos, una antigualla!»! Grité entonces consignas como «¡Muerte al fósforo medieval, viva el chispero automático!» y me juré que esa tarde no atravesaría la puerta de casa sin haber comprado uno por el camino. No, no volvería a usar aquella maldita cosa primitiva.

Ya en el trabajo, noté que el círculo quemado se volvía un imán para los ojos de mis compañeros. Cada vez que levantaba la vista de la computadora, había alguien mirándolo.

—Se me acaba de quemar, hoy, esta mañana.

—Ah —se compadecían, quizás demasiado, uno tras otro.

A eso del mediodía el jefe me llamó a su despacho:

—Suárez, quiero hablar con usted.

Temblé, pero no por mucho tiempo. Cuando me senté me sirvió un café y comenzó a hablar:

—La dignidad, Suárez, la dignidad es muy importante. La dignidad del hombre trabajador, humilde, la tranquilidad del hombre de trabajo que tiene la conciencia tranquila.

Yo no sabía a qué se refería pero no podía menos que coincidir con él. La dignidad es una cuestión muy importante, claro, desde ya.

—El hombre, Suárez, el hombre que es bien hombre, no debe avergonzarse, no, no.

—No, claro —respondí, sin entender. Y agregué aquella odiosa, remanida frase—: Vergüenza es robar, señor.

Pareció fascinado por esa respuesta mía. Yo, por mi parte me avergoncé, apenas haberla pronunciado, de mi falta de originalidad.

—Eso, eso: el hombre, el Hombre con mayúsculas, si bien no debe avergonzarse, debe saber pedir ayuda, debe saber que puede extender la mano, saber que alguien la verá entre las arenas movedizas que amenazan con tragárselo y se abalanzará a ayudarlo, ¿comprende?

No, la verdad que no comprendía nada, pero dije que sí, con la cabeza.

—Suárez, la política de la empresa es ayudarnos unos a otros. Usted lo sabe, somos una familia. Tenemos que ayudarnos... ¡déjese ayudar, Suárez!

—¿Yo, señor? Yo...

—Usted, usted, sí. Usted, hombre.

Se levantó, me palmeó el hombro y dijo:

—Es que a usted le sobra dignidad, Suárez, usted es un caballero de los que ya no quedan. Usted es de los de antes.

Enseguida pensé en la Edad Media, y en mi fósforo medieval.

Se inclinó hacia su escritorio, tomó un papel, lo miró satisfecho y dijo:

—Tengo para usted una buena noticia, Suárez. A partir del mes próximo usted recibirá un ascenso, lo cual claro, significa un aumento en su remuneración.

—Señor, yo... no sé qué decir. Muchas, muchísimas gracias.

—No me dé las gracias a mí, Suárez, déselas a sus compañeros que notaron lo suyo.

Cerré la puerta de su oficina y creo que, durante el resto del día, nadie volvió a mirar mi corbata, tanto se destacaba ahora mi sonrisa. Sin dudas mi madre había estado equivocada durante toda su vida: lo mejor que puede hacer un ser humano es encender un fósforo en sentido contrario, una vez cada tanto. Cosas magníficas podrían pasar.

---

## ELEGANCIA

Los empleados se dieron vuelta al mismo tiempo y uno arrimó un codazo cómplice a las costillas del otro:

—Uy, fijate lo que entra ahí.

—¡Dios, qué dúo! Vamos, muchachos, ¿quién los atiende?

—No me miren a mí que me acaban de llamar de Planta Baja. ¡Chau, chau! —se despidió El Colo, burlándose de los que quedaban.

El hombre y la mujer, muy jóvenes ambos, avanzaban con incomprensible naturalidad entre los percheros de la tienda de lujo. Él, de unos 30 años, flaco y algo encorvado, imitaba a los reggaetoneros de la tele: las cejas absurdamente depiladas, gorra con chapón al frente, larguísima camiseta de fútbol americano y unas cuantas cadenas de las que colgaban plateadas enormidades. Complementando el cuadro un par de bermudas le acortaba las piernas mientras que un caballo invisible se las deformaba en un paréntesis. Ella, por su parte, se había encaramado, quién sabe cómo, a unos tacos de furioso rosa chicle. Un vestido negro demasiado ajustado o demasiado corto (claramente demasiado de ambas cosas para las cinco de la tarde) atraía como un imán las miradas. La cartera, una *Ulises Blain* amarilla, parecía absurda para su pequeñísimo cuerpo. Por un momento los vendedores pensaron que sería una imitación, pero, conocedores del rubro, no tardaron en confirmar que se trataba del cotizado original.

—Dale, Germancito, son todos tuyos, atendéme los bien —codeó Ariel, el gerente. Y alejándose unos pasos, dio a la

grotesca pareja una idénticamente grotesca y sobreactuada bienvenida—: Aquí el señor los va a atender. Los dejo con él.

—Señores, ¿en qué puedo ayudarlos? —se resignó el empleado.

Germán, rechoncho y pesado, de párpados caídos, no era lo que se esperaba de un empleado del Departamento de Sastrería Importada. Él lo sabía, y por eso, al recibir a sus clientes, se esmeraba más que los demás en sacudirse esa modorra con la que había venido al mundo para convertirse, al menos en los primeros minutos, en el empleado más dinámico de la tienda. Le hubiera gustado ser como Ignacio: esbelto, elegantísimo... Los clientes, pudiendo elegir entre uno u otro preferían atenderse con Ignacio. Se les despertaría algún mecanismo, cómo llamarlo, una necesidad de transformarse en él por la magia del traje que les vendería. Al fin y al cabo de eso se trataba la tienda: no de trajes, sino de aspiraciones y de ninguna otra cosa. Pero volvamos a la extraña pareja:

—Quiero un buen traje, un buen traje —dijo el muchacho sin detener la vista en nada y mucho menos en el vendedor. Sus ojitos eran como ratas escapando hacia todos lados.

Germán lo miró de arriba abajo y todos sus pensamientos se tradujeron en una torcedura de labios: un jovencito con aquella traza jamás podría comprar nada de lo que ellos vendían.

—¿¡Qué, no me escuchó!? Quiero tirar estos trapos y vestirme bien —dijo, levantando la voz y la barbilla—. ¿Se cree que no tengo plata? ¿Eh, eso se cree? —soltó, sobrador.

—Mmm, no, no, señor, por favor, si no he dicho...

El gerente volvió sobre sus pasos.

—A ver si con esto te alcanza... —amenazó el muchacho. Y mientras todos pensaban que sacaría un arma, los sorprendió exhibiendo algo que, en un primer momento, creyeron un

rollo de papel higiénico aplastado. Pero no, era en realidad un impúdico fajo de billetes, tan obeso que los dejó atónitos, más que si hubiera mostrado una 45.

—Disculpe, señor —retrocedió Germán mostrando las palmas, sin sacar la vista del dinero—. No fue esa mi intención, pero le pido disculpas de todos modos por el malentendido.

—¿Algún problema? —terció Ariel, preocupado.

—No, no, señor, estoy atendiendo al caballero. —Y dirigiéndose al joven lo tranquilizó con una sonrisa—: Si gusta acompañarme puedo mostrarle la nueva colección de *Diamante Excel*, seguramente habrá escuchado lo que es *Diamante Excel*, no hay nada mejor, nada mejor, es tendencia absoluta en Europa, tendencia... Veamos, déjeme ver, podríamos probar... emm... por ejemplo... este.

—Una basura.

—Pero, señor... es un...

—Quiero algo que me haga ver elegante, más elegante. ¿Me entiende o no me entiende?

—Como guste el señor —respondió el empleado, desconcertado—. Pasemos a los *Harmony*. Le gustarán mucho los *Harmony*, acompañeme. Este, por ejemplo —titubeó, nervioso— viene en negro y en gris perlado, un tono que se está usando mucho. Son diseños de *André* de París, nada menos.

—¡Este sí! ¡Este sí! —gritaba ahora golpeando el puño contra la palma abierta—. Le dije que quería verme bien, carajo, que quería verme elegante. ¡Esto es lo que quiero!

Mientras ingresó al probador hubo un cruce de gestos y subidas de hombros entre los empleados. Solamente Ignacio, que seguía ocupado con un cliente en la otra punta del salón, ignoraba la escena; los demás, ociosos, la seguían divertidos.

—Yoli, ¿vos cómo lo ves? ¿Estoy elegante? —preguntó al mostrar el cambio a su chica.

—Sí, elegante, sí —le sonrió ella.

Siguió una larga deliberación entre los dos, tras la cual le habló al vendedor:

—Voy a necesitar unos cuantos de estos. Quiero verme siempre así, vestirme bien.

—Sí, unos cuantos como ese, bah... parecidos —quiso aclarar la chica.

—No, si los voy a comprar todos iguales —se burló él—. ¡Obvio que diferentes!

Germán sintió que debía bajarle las expectativas al tipo ese, ¿qué se creía!? Para comprar uno solo de esos él mismo hubiera necesitado desembolsar una buena cantidad de sueldos. ¡Que se iba a comprar unos cuantos... por favor!

—Señor, ese le queda pintado. Es el modelo *André*, como le dije. Ronda los 45 mil pesos.

Sin inmutarse el tipo respondió:

—¿Y viene en otro color?

—Sí, sí señor, déjeme ver... Viene en este gris perla y en azul noche —tartamudeó Germán.

El gerente se acercó por las dudas y después de intercambiar secretos gestos, sugirió al vendedor:

—También podríamos mostrarle al señor la línea *Van Lenne*, seguramente le va a interesar —luego por lo bajo le susurró—: El escándalo que va a hacer en la Caja cuando le toque pagar todo esto, pero bueno, vos mostrale y que se arreglen ellos después.

—Bien, demeló —ordenó el joven desde el probador.

Mientras tanto la chica examinaba corbatas. Como las manoseaba sin ninguna consideración, se le acercó otro vendedor a

informarle que eran muy costosas, seda italiana pura, diseños de *Van Lenne*.

—¿Sí? —respondió ella. Y levantando las cejas le repitió la idea, pero con una mirada despiadada—. ¿Y a mí, qué? Vos nos sabés con quiénes te estás metiendo.

A un gesto del gerente, el vendedor se alejó sin más.

Al rato la puerta del probador se abrió y él llamó a la chica a los gritos. Cuando llegó, soltó de nuevo la misma pregunta.

—Sí, mi amor, súper elegante.

—¿Y a usted, que le parece? —se dirigió al gerente—. Quiero vestirme bien, ser elegante, ¿entiende? Eso es lo que quiero.

—Señor, sí, sí, se lo ve muy elegante.

—Entonces traiga esos otros que me nombró antes, los *Balene*.

Le acercaron los *Van Lenne* más caros que tenían, escondiendo la risa.

—Este color va muy bien con su tono de piel, con su color de ojos —dijo con total seriedad el gerente, y solo los empleados (obligados a contenerse) comprendieron la burla ante aquella piel cobriza, tan poco digna de esas delicadas joyas de la sastretería europea. El hombre no pareció descubrir la intención y volvió a insistir frente al espejo, como si nada, acerca de si se veía elegante. Cuando se lo confirmaron una vez más, se dirigió a la chica:

—Me pruebo también el negro, ¿vos qué decís?

—Sí, más vale, Johnny. —Y al reaparecer al rato tras la puerta exclamó—: Ah, ese te queda hermoso también, llevalo.

—Señor —dijo el vendedor— no olvide los accesorios.

—¿Y esos, qué son? —soltó con una voz de niño que provocó unas cuantas sonrisas de vergüenza ajena.

—La ropa interior elegante, los zapatos elegantes...—el vendedor reiteraba, burlón, la palabra fetiche del pobre diablo.

La chica intentaba simular conocimiento en la materia:

—...el cinturón...

El vendedor la interrumpió:

—... la corbata, la camisa, el pañuelo...

—¡Bueno, sí, ya entendí, qué tanto! ¡Traiga de esos también!

El gerente hizo un gesto a los tres vendedores que seguían libres y cada uno de ellos supo lo que tenía que hacer. En apenas un momento rodearon el probador con las cajas de zapatos, percheros móviles con chalecos, la caja de madera de los cinturones y el cofre con las corbatas. Como tentáculos, las manos iban y venían y la puerta del probador se abría y cerraba con agilidad. Yoli era el enlace entre su hombre y cada uno de los costosos artículos.

Finalmente, pasada ya una buena hora y media de ostentación y descaro, ante el asombro de los vendedores, el muchacho salió del probador vistiendo tal como él quería: impecable traje gris, camisa blanca, corbata.

—Listo. Este me lo llevo puesto. Vamos, Yoli.

Cortaron las etiquetas de lo que vestía, lo cepillaron y mejoraron el nudo de su corbata, para luego, entre todos, embolsar el resto del guardarropas. Las prendas con las que el muchacho había llegado quedaron abandonadas dentro del probador, como una deslucida esposa caída en desgracia ante una nueva conquista. El gerente acompañó al extraño dúo al sector de Cajas, en Planta Baja, resignado a ser testigo de un escándalo sin precedentes. Cargaba, como si de un cadete se tratara, bolsas de todas las formas y tamaños.

—Moléstense por aquí los señores —y, dejándolos pasar primero como ameritaba, entró al ascensor sonriendo y guiñó el ojo a los vendedores antes de cerrar la puerta.

Ellos se quedaron haciendo gestos, parodiando entre risotadas cada una de las expresiones y actitudes de aquellos extraños clientes. Se relamían anticipando la buena tajada que les tocaría como comisión si el dúo lograba pagar la cuenta allá abajo. Había sido la venta del año, sin dudas. Pasaría mucho tiempo antes de que tuvieran otra igual.

Luis terminaba de ponerse sobre el traje la camiseta gigante del muchacho para que Ignacio se enterara de todo lo que se había perdido, cuando Germán percibió algo inusual: el gerente demoraba mucho más de lo acostumbrado en volver a subir. Temiendo lo peor bajó con inusitada velocidad los dos tramos de escalera. Al llegar a Planta Baja le volvió el alma al cuerpo: distendido, su jefe seguía en amena charla con los cajeros comentando el inaudito pago que acababa de hacer la pareja, sin quejas ni pedido de descuento, y además, en efectivo.

Pero la calma solo duraría unos minutos, porque mientras Germán cruzaba el salón hacia él para palmearse ambos la espalda, para escuchar a los de Caja contar de dónde había sacado el tipo esos rollos de billetes, llegaron desde la calle una serie de gritos y el sonido inconfundible de una metralla. Hubo aullidos de terror y los cajeros, como movidos por un mecanismo invisible, desaparecieron debajo de sus mostradores. Tres o cuatro clientes se habrían ocultado con idéntico éxito porque de pronto no los vio más. Solo el gerente permanecía de pie (las piernas y los brazos abiertos, agazapado como a la espera de un penal) hasta que Germán lo vio correr hacia la calle y lo siguió.

Alcanzó a ver a dos tipos que vestían tal como él antes del traje elegante subiéndose a un auto rojo, yéndose a toda velocidad, sin alcanzar a guardar unas ametralladoras absurdamente largas para la vida real, para las siete de la tarde, para la Arístides, para Mendoza.

La chica, arrodillada entre un inútil rompecabezas de logos y colores estridentes, repetía en aullidos el nombre de su chico (¡Johnny, Johnny!) mientras él boqueaba con los ojos abiertos intentando robarle algo de aire al cielo.

—Señor, qué... pe... pero ¿¡qué pasó!?! Dios mío, ¿qué fue eso? —gritó el gerente, arrodillándose él también.

No había mucho que hacer, lo supo de inmediato. Solo podía sostener la cabeza del joven, sin despegar la vista de la camisa que, demasiado rápidamente, se le iba volviendo roja.

—Los muchachos, los mu...chachos —alcanzó a responder apenas pudo tomar algo de aire— los muchachos no per... no perdonan. —Y después de intentar en vano encontrar con la mirada a la chica, murmuró—: Yoli, Yoli, ¿estás acá?

—Sí, mi vida, acá estoy ¿qué, mi amor, qué? Ella sostenía la cara de él, ahora blanquísima entre sus dos manos, y por más que se acercó a su boca, por más que sus narices casi se tocaban, él no pudo verla.

—Yolí... decime que no...

—¿Qué no, qué, Johnny? —susurró ella con dulzura.

—El traje —suspiró—... el traje. —Tenía los ojos en blanco, atados a una nube, bien arriba, inmóviles. Como pudo, repitió casi con un hilo de voz—: Decime que no... se agujereó, que no se agujereó.

—No, mi amor, no —sollozó ella, sacudiendo la cabeza—. No se hizo nada el traje.

—No, no se agujereó, señor, descuide, descuide —mintió también el gerente y sin poder explicarlo se le descolgó una lágrima.

El joven sonrió apenas, como pudo. O no, tal vez no llegó a sonreír y al gerente le pareció que sí. Sobre el pavimento, la chica y él siguieron abrazando durante un buen rato al cadáver, mientras terminaba de vaciarse.

Y de verdad que era un cadáver elegante. El cadáver más elegante del mundo.

---

# LA SOMBRA DE LA HIGUERA

(MENDOZA, ARGENTINA. AÑO 2081)

De a poco fueron dejando de venir. Al principio llegaban, aunque, seamos honestas, no entraban. Y no importaba cuánto les insistiéramos, llamándolos desde la ventana hasta la vereda de enfrente, ellos no cruzaban la calle.

Un día nos dimos cuenta de que no había aparecido ninguno en ningún momento de la semana. Semana que se fue prolongando en otra y en otra, luego un par de feriados, y así, de la nada ya había pasado un mes completo. Y el mes se duplicó en otro... y así sucesivamente. Los dos o tres que aún venían, charlaban entre ellos con notorio desánimo, sentados bajo la higuera seca (un retoño pariente lejano de la del mismísimo Sarmiento) hasta que se les acabaron los temas o justamente el tema habrá sido ese, que no había razón alguna para volver al día siguiente. Y eso que con la mejor buena voluntad nosotras les comprábamos tortitas y gaseosas todos los días. De verdad queríamos retenerlos. Pero no hubo caso, no pudimos, y también esos dos o tres dejaron de venir.

Una tarde debimos llamarlos uno a uno por teléfono, rogarles que asistieran «*al menos mañana, que viene la Señora Supervisora, es importante.*» Se los pedíamos como un favor personal, en complicidad, guiñándoles el ojo, aunque no pudieran ver el gesto a través del teléfono. Y pese a que se les escuchaba el hastío, cumplieron.

Llegaron de a poco y tarde al día siguiente, de mala gana, sí, pero al menos vinieron, fue un alivio. Mal vestidos, es verdad, pero tampoco estábamos en posición de exigirles nada. De los piercings, las rastas, los aritos, los tatuajes, bueno, de eso ni se habló. A los que estaban de pantalón corto intentamos disimularlos entre los demás, sin éxito, ya se sabe cómo son de inquietos. Valorábamos tanto su presencia que por ese día (*«pero sólo por hoy, eh?»*) hasta dejamos que usaran auriculares.

Tras tanto tiempo de no verse, la disciplina reinó por su ausencia, claro está. Debían ponerse al día —*«la comunicación siempre es loable»*—, nos tranquilizó la Supervisora- y por más que se los conminara a callarse, por más que se les gritara en todos los decibeles posibles, no pudimos obligarlos a hacer silencio en ningún momento. La autoridad de las Preceptoras no alcanzaba y la Directora, la Vice, la Secretaria y hasta la misma Señora Supervisora bramaban por turnos sus amenazas hasta quedar disfónicas. Pero tampoco fueron escuchadas, ellos gritaban más fuerte, más fuerte. *«Hablan así, se entiende, es su código»*, reconocimos. Subimos el volumen de los parlantes y aunque ellos no participaran del todo, el acto se hizo igual, como mandaba el calendario. Pusimos Aurora, el Himno Nacional y el de Sarmiento, también. Los entonamos nosotras, ellos no, *«es que han ido perdiendo el ritmo, pero lo importante es que estén»*. Era imposible que cantaran, el patio se iba enmarañando con la mezcla de todo ese *punchi punchi* que se les escapaba de las orejas.

—Y sí, se portan mal, pero al menos hoy han venido. Hay un compromiso en ellos. Eso hay que valorarlo, también.

—Tal cual. Cuando se les pide que vengan, ellos entienden y vienen —dijo la Secretaria al terminar el acto, mientras guardaba el hológrafo en un armario—. Hablo tanto de los chicos

como de los docentes, ¿eh? Hay que reconocérselos a unos y a otros.

La escuela se vació rápidamente.

—¡Y... con las cosas que están pasando en el mundo, también, ¿qué quiere?!

—Mire si vamos a preocuparnos por las escuelas vacías — nos sinceramos.

Ya no volvieron, no volvieron. Casi llegando a octubre sentimos que el momento estaba cerca. Y en diciembre llegó el día en que ya no pudimos seguir justificando nuestros sueldos. No había resultados que mostrar, estadísticas, planillas... nada, iba a ser un escándalo.

Al principio las autoridades pensaron en dar a conocer a los medios una verdad irrefutable: el año lectivo había sido exitoso, ya que no se había registrado un solo repitente. Tras un largo debate, sin embargo, coincidieron en que tal enfoque sería cuestionado: si no los había, era únicamente por la masiva deserción de alumnos y docentes por igual. Ocurrió, pues, que las Señoras Supervisoras no pudieron mostrarle nada a la Señora Directora General de Escuelas, ni ella pudo mostrarle nada al Señor Ministro de Nación, ni el Señor Ministro al Señor Presidente.

Y la tarde en que el último profesor, el único que aún pasaba a saludar de tanto en tanto porque vivía cerca, se despidió de nosotras con un «felices vacaciones», se sintió en el aire que el momento había llegado. La Secretaria acompañó al profesor hasta la vereda, volvió a entrar, y caminó hacia el patio para sentarse, finalmente, a la sombra de la higuera de Sarmiento.

Yo la seguí, sabiendo que era el fin.

La Celadora, que se entretenía en barrer los higos que tapiaban el patio vacío, enderezó la cintura, hizo visera con la

mano y nos miró fijo por un rato, como para adivinarnos los pensamientos. Cuando se cansó de mirarnos, le preguntó a la Secretaria

—¿Vos qué decís, nos vamos?

No era necesario que ella respondiera, simplemente se puso de pie y caminó hacia la salida. Ambas la seguimos.

En silencio fuimos apagando dos o tres luces, la computadora inútil y, desde la vereda cerramos con candado la pesada reja gris.

---

## CIERTA LIBERTAD

—Bueno —preguntó él— ¿ya pensaste en el regalo?

Iban a cumplir sus bodas de plata, nada menos. Veinticinco años de amor merecían ser celebrados a lo grande: con fiesta y habitaciones pagas para amigos y familiares en el Gran Hotel Uspallata. Allí, entre álamos interminables, en la bucólica paz del campo mendocino de principios de abril, cuando los árboles empezaran a vestirse de cobre, renovarían los votos que juraron a los dieciocho años. Su regalo no podía, entonces, desentonar con semejante ocasión. Por eso él le había dicho que pidiera lo que quisiera, algo grande, importante.

Cada vez que ella le anunciaba que al fin se había decidido por algo especial, el marido la tomaba por la cinturita, ansioso de escuchar el resultado de tanta cavilación y la mujer (por falta de ambiciones, por excesiva humildad, o quién sabe por qué) anunciaba algo que él, invariablemente, rechazaba por insignificante. Ya lo había decepcionado tres veces: la primera, cuando le había pedido un anillo («¿*Apenas un anillo!?* ¿*Por favor! Pensaste toda la semana ¿y me salís con un anillo?!*»). La segunda, ella decoró el anillo con un diamante («¿*Pero qué fastidio* –gritó esta vez ante la foto que ella había recortado de una revista– *dale con el anillo, y encima uno así de vulgar!*»). La tercera, ella pensó en un viajecito y se lo dijo así, tal cual, sin ambiciones, así como era ella, en diminutivo («¿*Viajecito!* ¿*Viajecito igual a tantos otros que ya hemos hecho!?* ¿*Nahhh!*» –resoplaba indignado).

—Todo eso te lo puedo dar igual —insistía en cada una de las ocasiones, con los ojos en blanco para mostrarle su

hartazgo— y lo vas a tener, mi amor. —Ahora cambiaba el tono, poniéndose didáctico, como si tratara con una criatura a punto de llorar—. Pero entendé: quiero que pidas algo más grande, más importante —la acariciaba—. No todos los días se cumplen veinticinco años de casados y menos en este estado de felicidad del que tenemos que estar orgullosos, Alicia. *Te medechés algo gande, gande, miamodchito.*

Lejos de alegrarse por la generosidad del marido, Alicia padecía la situación. No exageraría si dijera que la mujer pasaba todos los días mirando revistas de moda, de turismo, arquitectura o de lo que fuera con un único objetivo: elegir bien la próxima vez. Quería que su marido se sintiera orgulloso de «su reina», como la llamaba.

Esa noche, mientras tomaban algo en el living, la mujer aseguró tenerle al fin una respuesta que iba a dejarlo satisfecho:

—Un taxi.

El marido la miró fijo.

—¿Qué dijiste?

—Sí, eso —contestó resuelta, henchida de infantil orgullo—. Quiero un taxi.

—¿Cómo... cómo un taxi?

Estaba visto que la conversación no iba a prosperar si ella no se explicaba, y finalmente lo hizo:

—Lo he pensado mucho, Raúl, mucho. Y quiero un taxi. Eso es lo que quiero que me regales.

—No entiendo, Alicia.

—Bueno, a ver, un taxi es... es una buena inversión ¿no? —Como él la miraba interrogándola, ella siguió—: Un taxi te da... umm... ¿cómo es que se dice? Libertad.

—¿Libertad?

Ella confirmaba con un movimiento de cabeza, sin dejar de sonreír, y él insistía en la pregunta:

—¿Libertad? O sea que... o sea... ¡No, no entiendo nada! O sea ¿en veinticinco años alguna vez te faltó «libertad»? O sea que te di, que te di ¿qué cosa te di en todos estos años? ¿Cuál es el opuesto de libertad?

—¿Opresión? —preguntó ella como si fuera una alumna insegura, intimidada por su profesor.

—¡Opresión! ¿¡O... opresión! Ah, no, si esto es el colmo. ¿Te parece que te di opresión en todos estos años, Alicia?

—No, no. No dije que me hubieras dado opresión, Raúl—respondió ella, sin inmutarse ni dejar de sonreír—. Preguntaste el antónimo de «libertad» y yo dije «opresión». Lo que quise decir es que te da... libertad, libertad económica. Eso, sí, libertad económica. Tal cual, así lo leí.

Él la miró como si sospechara que le habían cambiado la mujer.

—¿Y para qué querés vos li-ber-tad-e-co-nó-mi-ca? —separaba las sílabas cuando se ponía incómodo, ella bien lo sabía.

—Bueno, no sé, no... no lo sé.

—¿Ves? ¡No tenés ni idea de qué es, pero ya querés!

—Es que entre tenerla y no tenerla, creo que debe ser mejor tenerla. ¿O no?

El marido no entendía nada, contrariado por las respuestas de esa mujer que sonreía igual que la suya. Solo atinaba a sacudir la cabeza.

—¿Alguna vez te faltó algo, Alicia? ¿Te faltó «libertad económica», acaso?

—Ay, Raúl, si sabés que nunca me faltó nada, que vos siempre me das todo lo que yo te pida. ¿Para qué preguntás? Pero

bueno, vamos creciendo y es hora de que yo tenga mis propios ingresos. Sin pedirte, digo...

—¡Tus pro... tus prop...! —tartamudeó él y se puso de pie, despeinado de tanto batirse la cabeza, sacudiendo los brazos como pidiendo un cese de fuego que le evitara escuchar más insensateces.

—¡Pero Raúl! —protestó ella mientras también se ponía de pie— me dijiste que me darías lo que yo quisiera. Bueno, esto es lo que quiero: un buen auto, un okm. claro, y la patente, los papeles... todo lo necesario para ponerlo a trabajar ¿entendés? Eso, nada más que eso.

Raúl estaba convencido: sí, le habían cambiado a la mujer, nomás. No quería escuchar más a esa impostora. Si él nunca le había negado nada... si Alicia era su reina, su nena... ¿Qué venía a hablarle ahora de libertad? ¡Ja! ¡Libertad económica! ¡Por favor...!

Salió a la calle pegando un portazo por primera vez en veinticinco años. Por primera vez dejaba a su esposa con la boca abierta, por primera vez estaba así de sorprendido por algo que ella había dicho. ¡Si se entendían tan bien!

Iba a abrir el garaje para sacar el auto, pero lo pensó mejor. No vaya a ser cosa que, en fin, estando así de nervioso... No, mejor no usar el auto. Caminó unos metros y cuando llegó a la avenida paró un taxi. Y se subió farfullando su bronca.

Sí, se subió a un taxi.

Todos necesitamos un taxi alguna vez, ¿o no? Es como, es como... que te da... cierta libertad.

---

## LA NOCHE DEL CORDERO

Siempre que el dinero alcanzara me «premiaba», como me gustaba decir entonces, con un viaje de cuatro o cinco días para Semana Santa. Conforme avanzaba el año mis finanzas iban adelgazando, volviéndose rojas, es verdad, pero en marzo o abril todavía podía darme ese pequeño lujo.

La última vez el lugar elegido fue el norte argentino. En una localidad jujeña, cuyo nombre no viene al caso, trabé amistad con un grupo de viajeros que se hospedaban en el mismo hotel que yo. Eran dos muchachos y una mujer algo más grande que ellos. Mirándolos de lejos, durante el primer desayuno, interpreté –no sé bien por qué– que serían tía y sobrinos. Por momentos la mujer parecía tan joven como ellos; sin embargo ellos la trataban como a una jefa, mostrándole dócil obediencia. Algo en el grupo llamaba mi atención, era un deleite observarlos interactuar, con aquella cordialidad y camaradería. Había una dulzura pocas veces vista en sus maneras, y sus miradas se acariciaban permanentemente. Algo en ellos movía en mí ciertos resortes sensibles, una imposible nostalgia por los tiempos no vividos.

No sé bien qué les dije mientras me acerqué a su mesa, taza en mano. En seguida me invitaron a tomar asiento. Los tres formaban parte de una comunidad religiosa, dijeron, lo cual me sorprendió pues no respondían al arquetipo que yo me había formado de los religiosos. Rebosantes ellos de juventud y alegría explicaron que no se encontraban allí por turismo, sino para «vivir la Pascua de Resurrección». Hablaban con profunda convicción acerca de cómo intentarían acercarse al

Jesús doliente (lo decían así, en plural, porque eran solo parte de un grupo llamado «Los doce», explicaron, cuyos demás miembros se les unirían el Jueves Santo.) No eran religiosos desde lo formal, aclararon en un par de oportunidades, sino «desde lo experimental». Para ser sincero, no llegué a entender del todo, nunca había escuchado eso antes.

Ya retirándonos del desayunador anunciaron que saldrían a recorrer la zona, hacia un sitio conocido como «El Gólgota» donde velarían a Jesús crucificado durante los siguientes días y aguardarían su resurrección. Creí en que hablarían de alguna imagen de madera que lo representara.

Todo me parecía muy extraño, al menos desde mi completa ignorancia de las cuestiones de la liturgia católica o más llanamente, de las formalidades de la fe en general. Para ser sincero, no creía que todavía se participara de ese tipo de rituales, mucho menos que fueran personas tan jóvenes quienes los llevaran a cabo. Sorprendido y lleno de curiosidad los acompañé a conocer el lugar. Tardamos en llegar pues se localizaba en lo más árido de la puna. No se veía más que una inmensidad de polvo. El sitio era lúgubre aún a esa hora del mediodía, y me produjo una horrible sensación que atribuí a la altura, o al calor.

Me mantuve alejado de mis nuevos amigos mientras ellos recorrían aquellas soledades, siempre orando o conversando en voz muy baja, no podía saberlo, con la cabeza gacha. En seguida reconocí aquello que me perturbaba: a lo lejos se destacaba una estructura de madera, andamios viejos, altos, precariamente en pie bajo el sol implacable, resabios de quién sabe qué tipo de construcción abandonada.

El viaje de vuelta fue maravilloso. Revelador, diría. El trío hablaba con una paz envidiable, sin alarde alguno, del

conocimiento profundo que tenían sobre los más variados temas espirituales. Conceptos del ámbito de lo sagrado y lo profano, dos mundos que yo había creído opuestos hasta esa misma mañana, se conjugaban de manera magnífica en aquellas voces amables como la seda. De más está decir que esa conversación me reveló un mundo nuevo, a partir de ese momento me apegué a ellos con la pasión y el atropello de un converso que desea saberlo todo y todo junto. Les hice mil preguntas aquel día, preguntas que ellos respondieron una a una, siempre con santa paciencia, abundando en ejemplos que yo podía identificar con pasajes de mi propia vida. Se daban cuenta de que no estaba haciéndoles perder el tiempo, que yo era una verdadera esponja con una enorme sed de conocimiento espiritual.

Comenzamos a compartirlo todo, absolutamente todo desde ese día: desayunos, caminatas, cenas (siempre frugales, siempre posteriores a la oración), lecturas... Al principio les preguntaba si podía acompañarlos en sus salidas, pero apenas noté que ellos recibían mi presencia con alegría, los cuatro dimos por sentado que yo era uno más y ya no necesité hacerlo. Les había reiterado que mi fe no era tan firme como lo había sido allá lejos, en mi adolescencia y que lamentaba haberla perdido, haberme alejado del rebaño (esa fue la expresión que usé). Myriam, mi nueva amiga, sonrió y respondió «*Ya volverá*». Y, al decirlo, apoyó su mano sobre mi hombro, y me dedicó una cálida mirada. Me conmoví hasta las lágrimas porque la sentí por un segundo mi madre, mi propia madre. Ella debió haberlo notado, pues tomando con su mano mi otro hombro asintió «*¿Lo ves? Tu fe está volviendo, hijo*». Un escalofrío me recorrió la espalda y ya no pude contenerme. Juan y Marcos me rodearon

amorosamente. Sentía revivir la fe hirviendo en mi interior, más fuerte que nunca.

Imposible describir el cambio que se manifestó en mi interior durante los días que siguieron. Era como si el humano imperfecto con el que siempre había estado conviviendo hubiera huido para ser reemplazado por algo que denominé íntimamente «la semilla de divinidad.» La sentía crecer dentro de mí, abonada por la mano sabia de mis amigos, devenidos ahora en guías espirituales, movilizado en un grado tan elevado, tan profundo... Yo, ante esa conciencia extraordinaria de mí mismo como Divinidad, yo... ¡transformándome! Y conforme crecía mi convencimiento de ser yo mismo la Divinidad, crecían en mí una felicidad y un gozo exquisitos. Todo cobraba sentido.

La tarde del Jueves Santo, Myriam me llamó con un gesto desde la habitación que los tres compartían castamente.

—Esta noche compartiremos el pan y el vino con Nuestro Señor, allá en el Gólgota.

No sé bien por qué, temblé.

Nos dirigimos al monte en un silencio devocional muy profundo que nunca se interrumpió. Llegamos como a las nueve de la noche, en plena oscuridad. Los dos varones clavaron en el árido suelo unas antorchas cuya luz me produjo cierta inquietud. Pronto divisamos a lo lejos unas cuantas luces más acercándose, era el resto del grupo de «los doce». A medida que descendían de sus vehículos venían a abrazarnos con afecto, en absoluto silencio. No hacía falta decir nada. De pronto, sin que mediara orden alguna, todos entonamos una melodía solemne hecha de tres o cuatro notas. Esa extraña música operó en mí una especie de pasaje hacia el gozo de mi propia Divinidad.

Ya no quedaba en mí ni el más mínimo rastro de aprensión por el lugar, las antorchas, la noche... Me sentía en una paz indescriptible, unido en deliciosa comunión con esas doce almas, amado por todos en mi esencia divina y yo amante espiritual de todos y cada uno de ellos. La velada transcurría en unión mística y así partimos uno por uno una misma hogaza de pan. Luego de hacerla circular hasta que ya no quedara más, en idéntico silencio y contemplación de lo eterno, pasamos de mano en mano una jarra de barro cocido que contenía un vino muy espeso y bebimos todos de él. Aquel alimento, aun cuando tan frugal, me sació como si se tratara del más espléndido platillo.

Así, en estado de gozo, unido a mis hermanos de una forma profunda e íntima llegó a mí una certeza (no sabría cómo describirla), una visión con la nitidez con la que puede verse un rayo en la noche más cerrada: ¡Yo era Dios! ¡Yo era Dios! «*¡Me he convertido en Dios!*», creo que hasta lo grité. La sensación era extraña, indescriptible. No cabía otra posibilidad: yo era el Hijo de Dios, era... ¡el Cordero de Dios!

Fue entonces cuando una segunda imagen llegó a mí, poderosa y temible. Intenté frenarla, apartarla de mí, pero, terca, se entretuvo en torturar todos los huecos de mi espíritu. Redoblé mis fuerzas para rebelarme, la aborrecí, quise convencerme de que era una idea imposible, absurda. No lo logré. Me faltaba el aire. No, no podía creerlo, era ridículo. Aunque sí, eso, exactamente eso, era lo que estaba ocurriendo. Tan absoluta fue entonces la certeza de mi propia, inminente muerte. Ya nada podía hacerse. Estaba escrito. ¡Oh, Dios, estaba escrito! En medio de una angustia tan intensa y real como había sido mi felicidad previa clamé a Dios: «*¡Padre, no quiero la muerte! ¡Padre, no! ¡Aleja por lo que más quieras de tu Hijo este espanto!*»

Sentía que los hechos se precipitaban cada vez más rápido, deslizándose raudos por un embudo que terminaría en mi crucifixión. «¡Padre! ¡Me van a crucificar!», grité y desde lejos no se escuchó más que un graznido fúnebre. Cubierto como estaba en lágrimas amargas me puse de pie y caminé para alejarme cuánto antes de mi destino. Minutos, horas transcurrieron, interminables horas de locura mientras la noche fría e impiadosa seguía avanzando.

Nada podía ya hacerse, lo sabía. Volví hacia el grupo. La luz de las antorchas me dejó ver que solo permanecían despiertos, en oración, Marcos, Juan y Myriam, mis amigos. Los restantes dormían, retorcidos sobre el árido suelo puneño. Eso me provocó un odio profundo por el ser humano y comprendí la inutilidad de cualquier tipo de sacrificio que se hiciera por ellos. ¿No eran capaces de velar, siquiera, una sola noche, aunque más no fuera?! ¡Una, malditos, eternamente malditos, una, solo una, esta: la noche del Cordero!

De a poco, con el correr de las horas (interminables, agónicas) volví a la calma propia de mi unidad íntima con el Padre. Escuché su voz y acepté al ser humano con todo lo que es, aun con sus debilidades. Al fin y al cabo había sido Su obra, Su obra cumbre. Y asumí entonces mi destino, inexorable y próximo. Abriendo los ojos al cielo estrellado que vería por última vez exclamé: «*Hágase en mí Tu voluntad.*» Y los cerré con fuerza.

No sé cómo, pues no lo recuerdo, me encontré inmóvil, atado –los brazos abiertos, las piernas la una contra la otra– a un madero que para mi horror identifiqué con una cruz. Las cuerdas habían traspasado ya mi piel penetrando en mis músculos, tajeándolos fieramente. Quise gritar, pero no pude. No se puede gritar mientras el pecho se encuentra en aquella forzada posición que lo dilata hacia los costados. Sentía que los

brazos iban desprendiéndose de a poco de su engarce con las clavículas, causándome un dolor desgarrador que empeoraba si intentaba desasirme. Cuando lograba sostener mi cabeza en la posición correcta veía que de mi costado manaba una horrible, profunda herida ardiente que bañaba de rojo mis piernas. Estaba comenzando a amanecer. Las aves de la puna sobrevolaban en temibles círculos, tentadas por el olor de mi carne ya casi dispuesta.

Aun cuando me costaba terriblemente mover la cabeza pude ver a Juan y a Marcos, uno a cada lado de mi cruz, muriendo también en las suyas, semi desvanecidos, luchando por conservar el poco aire que les quedaba. Y a los pies de nuestras cruces, doliente sobre el árido suelo, la figura de Myriam.

Esto no podía ser cierto. ¿Cómo había llegado yo hasta aquí!? ¿Cómo habían hecho esto de mí!? Quise convencerme de que se trataba de un sueño, de una pesadilla, quise despertar. Pero el dolor era tan real y lacerante que no lo logré. Sentía ya la imposibilidad de respirar, mi muerte estaba próxima... tan injusta, tan... imposible. De pronto Marcos a mi lado pareció expirar tras un horrible gemido afónico. Como pude le prometí que pronto lo tendría sentado a mi derecha. Juan, a mi izquierda, desde su cruz, inclinó la cabeza y mirando a Myriam susurró «*¡Madre, Madre!*»

Ella, doliente hasta el punto del desgarramiento, enterraba las uñas en su pecho como para compartir nuestro sufrimiento. Sentí la proximidad de mi final. No, no quería morir. Con lo que me quedaba de aire exclamé al cielo «*¿Por qué, por qué me has abandonado? ¡Sufro, sufro!*» Eran mis estertores finales. Miré a las nubes del amanecer, susurré «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*». Y allí terminó todo para mí.

Lo siguiente fue verme a mí mismo, desde arriba, mi cuerpo destrozado, yaciente y rojo en brazos de Myriam. A un lado dos bultos de tela blanca dibujaban, inequívocos, las figuras de mis dos hermanos. Desarmada de dolor, desfigurada, mi madre me acariciaba con ternura, enjugando con sus cabellos empapados en llanto las heridas de mi frente, una y otra vez, sin detenerse. Aun con su dolor, entonaba aquella melodía de tres o cuatro notas.

Ya no vi nada más. Y lo vi todo al mismo tiempo. Todo, absolutamente todo en el mismo espacio. Lo antiguo y lo futuro, lo de la Tierra y lo de más allá, lo oscuro y lo sagrado, este mundo y los demás, la grave forma y la sutil esencia, el grito y el silencio, el vacío y la materia. Todo. Pero aquello no podría jamás ser explicado y además, aun cuando sobran las palabras para hacerlo, ustedes no podrían entenderlo. Tampoco puedo referir lo que vino luego. Todo eso les ha sido vedado.

Se me preguntará por qué razón puedo contar estas cosas, las que refieren a mis últimos días sobre la Tierra. Por qué razón puedo referir mi suplicio y hasta mi propia muerte. Por qué no pueden hacerlo también Juan o Marcos.

La respuesta es clara: de los tres crucificados, solo yo resucité al tercer día.

---

## LA ELISA

La verdad es que a mí me gustaba como era antes. Pese a todo me gustaba, qué sé yo... Salir sin que nadie preguntara nada, ni a dónde ni con quién, ni para qué. Ni si me era realmente imprescindible salir -¿salir ahora, justo ahora?- si no podía esperar una semana. La verdad es que era lindo antes. Lindo, qué se yo.

Ahora es así, cambió todo. Ahora ya no podés. No podés, es lógico. A nadie se le ocurriría salir como se salía antes, sería una locura. Ahora hay que pedir turno, y bueno, a veces hay y a veces no. Somos muchos, se entiende. Tenés que completar el formulario y escanearte. Me dice Pedro que cuando quiera puedo salir, que no es pesado el trámite, que nada más tenés que esperar a que te den la llave -te llega el día que pediste salir, dos *kronos* antes- y con eso abrís. La llave tiene un *zegtri* en el medio, chiquito, ni lo ves. Y si te paran -y dice Pedro que los *dailens* te paran bastante- con que te lean el *zegtri* ya está. Él salió una vez, por eso me contó; yo nunca.

Yo digo, ¿qué necesidad hay de salir, tampoco? La verdad que necesidad real, real... no hay. Lo que pasa es que nosotros venimos con la cabeza de antes. A los chicos jóvenes no les pasa, los *holi* nacieron ya con otra mentalidad. Ellos lo tienen claro.

La Elisa fue de los poquitos casos de gente de nuestra edad que se emperró en salir a toda costa. Nos criamos juntas, mirá si habrá pasado el tiempo, y si la conoceré.

Estaba cambiada últimamente, eso sí. Se había vuelto negativa, angustiada... Estaba *zäahne* como dicen ahora los *holi*. Yo me daba cuenta cuando la veía a lo lejos, desde mi ventana.

La veía que apoyaba la frente en el vidrio, que ni siquiera la distraía el puntito rosado que le habían puesto afuera cuando empezó con eso. Ni lo miraba. Dicen que cuando no querés mirar el punto es que ya no estás bien. Yo quería llamarle la atención con mi *lojde*, pero vivimos como a cien *decatrones*, y como ella no levantaba la cabeza, no me veía. Además le bloqueaban los vidrios enseguida; claro, saltaba en el monitoreo que otra vez se había enloquecido con la ventana. Por la noche yo escuchaba sus gritos, y eso que estamos lejos. Justo la noche antes de que pasara lo que pasó la oí pegar a la ventana con algo metálico durante un buen rato, pero como es de esas ventanas nuevas, de *nanolurex*, no debe haber podido. Le habrá venido como un ataque ese día, no sé ni me corresponde saber, y no habrá medido las consecuencias. Pobre.

Pedro me dice que no diga «pobre», al menos no cuando esté el monitoreo. Que si quiero pensar en ella o llorar, que sea dentro de la Caja de Libertad. Lo que pasa es que cuando activan la Caja yo ni me acuerdo que a esa hora podría ir a pensar en ella. Yo a esa hora ya tengo el melatol haciéndome efecto—una cosita diminuta que ni la ves, como un granito de azúcar que te ponen bajo la piel y no te molesta para nada—. Yo no sé si a la Elisa no se la habrán activado, o por qué no dormiría igual que yo, como una sedita.

Ahora sí pienso en ella. Ahora que no debo, pienso en ella. Vio como somos los de antes.

Pienso en aquel día. Yo no la vi. No la quise ver. La escuché abrir la puerta—no sé cómo hizo—y bajé la cabeza para mirar el punto verdedito del piso, mi favorito. Seré cobarde, pero no quise mirar. Podría haberlo hecho, pero no quise. Pedro sí miró, él me contó lo que llegó a ver antes de que bloquearan

los vidrios. Me dice que la llegó a ver correr, que corrió apenas unos pocos *decatrones*, gritando como una loca, con las piernas abiertas como si fuera un bicho de esos que había antes, que corrió raro, dijo. Yo creo que a Pedro le debe haber parecido raro porque hace mucho que no ve correr a nadie. Dice que la vio abriéndose el uniforme como para respirar, que se tiraba del cuello con las dos manos, como para que le entre todo el aire junto, todo para ella, un momento de egoísmo tuvo. Que solo corrió esos pocos *decatrones*, y que ahí nomás la desactivaron. Le dieron lo peor, el englamiento. Dice Pedro que apenas se mojó le desactivaron el escudo contra *vers* (lo que antes se llamaba *rayo*, yo me acuerdo que cuando éramos chicos no se llamaban *vers*, rayos se les decía, pero bueno, las palabras cambian, Pedro ni siquiera se acuerda). Yo digo que también le deben haber apretado la tobillera porque dice Pedro que se tiró al suelo desesperada por sacársela. Y ahí fue que polarizaron los vidrios y él ya no vio nada más. Los dos escuchamos el grito fuerte, cortito. Y aun cuando ya se habían bloqueado a negro las ventanas, llegamos a ver un fognazo azul. ¡Lo que debe haber sido eso! A los diez *nanokronos*, cuando despolarizaron, ya no se veía nada. Solo el puntito rosa, como siempre. ¡Ay, me encanta ese puntito!

Todo eso que vio, Pedro me lo contó a las cuatro, a la hora en que activan la Caja de Libertad. Yo dormía, pero él me despertó y como pudo me llevó a la Caja, para contármelo ahí. Se quedó conmigo un buen rato y me pidió que llorara todo lo que quisiera ahí mismo, antes de las cinco. A mí la verdad ganas de llorar a esa hora de la madrugada nunca me dan, por eso es que ni uso la Caja de la Libertad. Y ese día tampoco lloré.

Igual, de vez en cuando, le pido a Pedro que me despierte a eso de las cuatro y me meto un rato, porque dicen que si en

el monitoreo salta que no la usás nunca, te la quitan. Y yo, en fin, usarla ni la uso, pero no me gustaría que se la lleven, la verdad. No, no quiero que se la lleven.

Hay algo en esa Caja que me gusta, aunque no sé bien qué es.

---

## COSAS QUE DESAPARECEN

Por más que examiné los planos durante meses con el mayor detenimiento no logré encontrar la calle donde nací hace más de sesenta años. Había consultado los actuales, y, consciente de que los nombres cambian por razones de lo más variadas, también los antiguos que he ido encontrando, por ejemplo, en Internet. Evidentemente esta no era una cuestión de nombres, la calle no parecía haber existido ni siquiera en su trazado.

Volví entonces a revisar mi partida de nacimiento y la fe de bautismo, encontrando la total coincidencia en el nombre de aquella calle tal como la recordaba, sin que ningún error de tipeo o borrón de tinta pudieran haberme llevado a confusión alguna. Aquellos amarronados documentos no daban lugar a ambigüedades ni a equívocos por lo cual solo me restaba rebelarme ante el humillante hecho de que aquella calle mía hubiera sido tan injustamente eliminada, lisa y llanamente, de la realidad.

Una mañana me dirigí a la Municipalidad, cuarto piso, División Catastro para obtener una explicación oficial. Mi presencia les pareció algo digno... digno de ser ignorado. Al menos ese fue mi parecer después de que nadie me respondiera ni el primer saludo ni los siguientes veinticinco. Levanté la voz rogando ser atendido, pero ni así logré que ninguno de los empleados me regalara ni el más pequeño segundo de su valioso tiempo que dedicaban a complejas tareas tales como descifrar «Solitario online, nivel 4» y «Tetris online, nivel 7». Cuando insistí, uno de ellos señaló sin demasiado entusiasmo un deslucido cartelito que yo no había visto:

«Debido a la alta demanda de ciudadanos que se presentan requiriendo informes sobre calles inexistentes en las que dicen haber nacido y/o vivido y/o haberse criado y que hoy no logran encontrar ni en los planos actuales ni siquiera en los antiguos, calles que sin embargo aseguran tercamente haber conocido (y que además constan en sus Partidas de Nacimiento y otros documentos amarrados como Fes de Bautismo y equivalentes de otras religiones no cristianas) esta Dirección solicita que el pedido se formalice por nota, adjuntando además el Formulario 1433/13 que deberá ser requerido en Fotocopiadora de Planta Baja.»

Contrariado, como se comprenderá, salí de aquella oficina rezongando, al grito de «¡esto no puede ser!» y prometiendo venganzas de todo tipo y nivel de crueldad. Como respuesta, lo único que se escuchó desde aquella oficina fueron aullidos festejando que el del Solitario había pasado de nivel.

Frente a la puerta del ascensor un caballero que también esperaba para bajar me sonrió:

—No me diga nada, mi amigo. No encuentran su calle.

Aquel hombre sí que comprendía mi drama. Asentí, entristecido.

—¡Es que no encuentran la de nadie! —exclamó levantando los brazos, mientras entrábamos al ascensor y se cerraba la puerta detrás nuestro. Continuó—: Pero mire, para que se sienta mejor le cuento, lo suyo no es nada. Yo empecé así como usted, sin poder dar con la calle ni el barrio donde me crié. Luego me desaparecieron la ciudad, y más tarde ¡hasta la provincia! Es más, mire lo que le voy a decir: ni siquiera me he encontrado a mí mismo en el espejo esta mañana cuando

quise afeitarme. Y si no fijesé, fijesé usted mismo lo que le digo, ¡en este tampoco estoy!

Lo último que recuerdo antes de desmayarme es que tampoco yo podía verlo en el espejo del ascensor. Efectivamente le habían desaparecido al hombre hasta el reflejo, vea usted.

No, si lo mío después de todo no era tan grave. Creo que ese día se me pasaron las ganas de buscar mi calle. Ahora me conformo con encontrarme conmigo mismo en el espejo del baño, cada mañana al afeitarme.

---

# EL PAÍS MÁS FELIZ DEL MUNDO

Cuando recibió la llamada de la empresa encuestadora en la que le preguntaban, de sopetón, si era feliz, Gloria, como movida por un resorte invisible, respondió, simplemente, 'sí'.

Lo había dicho sin pensar. Apenas hacerlo, reaccionó, pero la encuestadora ya se despedía; la respuesta había sido dada.

Colgó el teléfono y se quedó pensando acerca del asunto. Qué broma del destino haber sido una de las seleccionadas, qué distinto hubiera seguido su día si su número de teléfono, por un dígito acaso, hubiera esquivado la encuesta.

Se preguntó si había hecho bien. ¿Y si hubiera dicho 'no'? ¿Cómo hubiera respondido ante la inevitable repregunta? ¿Por dónde haber empezado, si eso fuera posible, a desandar el recorrido de toda una vida? ¿Por la larga serie de infortunios heredada, ajena, o por la (aún más larga) lista de malas decisiones propias?

Tiempo después vio los resultados de la encuesta por televisión: vivía en el país más feliz del mundo.

Pensó que bien podía ser cierto, que ella pudo haber sido, acaso, la única encuestada en haber mentido.

---

## OBRA DEL AZAR

La vida es rica en prodigios y vueltas sumamente interesantes, como cualquiera sabe (y la literatura ha narrado tantas veces). Una serie de sucesos que carecen de sentido, incongruentes, se engarzan como azarosos eslabones de una absurda cadena cuyo final nos es casi imposible anticipar.

Un asesino, por ejemplo, acaba de cumplir su condena y en su primer día de libertad se dirige al centro; va a encontrarse con una mujer que conoció por carta desde el Penal. La carta, la primera de ellas al menos, no estaba dirigida a él, es verdad, pero otro interno aceptó cambiársela por un paquete de cigarrillos. Inesperadamente, en plena calle, el ex presidiario tropieza con un obeso sobre de papel, que, para su alegría, contiene una buena cantidad de billetes. Se felicita, naturalmente, por este golpe de suerte. A los cinco minutos, un joven vuelve a esa misma vereda, desesperado: ha extraviado el dinero de la venta del oKm. que su padre le ha obsequiado dos días atrás al recibirse de médico con las más altas calificaciones. Para decepción de su padre, el joven ha vendido el auto al día siguiente para darle al dinero un destino loable: la *Fundación de Ayuda Urgente para los Niños de Siria*, con la que colabora hasta el desvelo desde hace un año y medio.

Maldice su mala suerte: aquel infortunio de perder el dinero le ha ocurrido por llevar la cabeza en las nubes, por aquel súbito enamoramiento que lo atravesara minutos antes, cuando una rubia platinada lo cegó de frente al bajar del colectivo. Exactamente en el mismísimo momento en que el joven lamenta la pérdida del dinero, una maceta ha querido

desprenderse desde el balcón de un quinto piso. Ha llovido mucho y el soporte, oxidado, no ha resistido más. El médico altruista muere instantáneamente sobre aquella vereda.

La rubia pasa, a unos pocos metros y a unos pocos segundos, del brazo del ex asesino, feliz al escuchar que ahora mismo irán juntos a comprar un auto en el que él podrá pasearla como ella se merece. No miente, pues le muestra el obeso sobre de billetes y le señala la agencia, a media cuadra.

La muchacha bendice su suerte: desde que salió del convento, desde que dejó los hábitos, lo único que quiere es redimir a un hombre (por eso escribió al Penal) y modelar una familia en los más altos valores cristianos.

Del otro lado del mundo, en Siria, unos 500 niños morirán el mes próximo porque, por alguna razón, una Fundación sudamericana no ha podido cumplir con cierto envío.

---

# NÁUFRAGOS

Ninguno de nosotros pudo salir del garaje una vez que la lluvia se enseñoreó del patio. Sin adultos cerca yo, como hermano mayor, quedé a cargo de la situación. Era mi responsabilidad que no se asustaran por la inundación que nos rodeaba; si además podía lograr que se divirtieran, todo estaría bien. Ellos lo tomaron naturalmente pues el garaje era para los tres nuestro espacio de juego cotidiano.

Propuse lo de los naufragos y ellos, encantados, jugaron durante un buen rato sin cansarse. Hasta que mi hermano menor tomó un tubo de cartón, miró a través de él y gritó «¡Barco a babor, barco a babor!» y, saltando por la ventana, se dejó caer a la crecida que nos rodeaba. El del medio se le unió enseguida «¡Iré con él, es nuestra única oportunidad!» y también saltó al agua.

Protesté para mis adentros ante su inmadurez: «¡Niños... qué idiotas!»

Y quedé solo en el garaje mientras el piso, inclinado ya, empezaba a hundirse. De fondo, entre desesperados «¡May day! ¡May day!» la gente luchaba por un lugar en los botes salvavidas y la banda seguía tocando en la cubierta.

Esta colección de cuentos,  
ganadora del Certamen Vendimia  
2017, llegó hasta tus manos  
gracias a que el libro se terminó  
de imprimir en septiembre de  
2017 en la Ciudad de Mendoza. Y,  
si te gustó, te invitamos a que lo  
prestes, lo recomiendes, lo regales,  
porque libros como este es bueno  
compartirlos.